quítate el sombrero
si lo tienes
quítate el pelo
que te abandona
quítate la piel
las tripas los ojos
y ponte un alma
si la encuentras

Strip tease

Blanca Varela (1926-2009), autora de *Puerto Supe* y *Canto Villano,* es conocida como la poeta más importante del Perú. Pero ¿Quién era ella cuando no escribía versos? Una tarde, en un arranque de inspiración, podía escribir en hojas sueltas y en la noche podía estar sentada en su sala de televisión viendo una novela brasileña mientras comía tostadas y tomaba té. Ella no sólo era poeta, pero veía poesía en todo.

Este libro es un rompecabezas de memorias sobre la vida de una persona que marcó a más de una generación. Blanca Varela no solo trascendió en sus poemas, sino también en los recuerdos de su familia, sus amigos y las personas que la conocieron. En su ausencia, está más presente que nunca.

Periodismo Literario 2
Ciclo 2023-02

Ponte un alma si la encuentras

Blanca Varela, un eterno suspiro

Daniella Paredes Johnson

Daniella Sofia Paredes Johnson (13 de abril 2001 - Lima, Perú). Estudiante de Comunicación y Periodismo de la UPC. Vivió toda su niñez y adolescencia en Arequipa. En el 2022 se mudó a Lima donde reside hoy en día. Ha trabajado como editora de política y entrevistadora en Lucidez, reportera del diario El Pueblo, analista de datos en iSidewith, y actualmente es practicante del Hay Festival Arequipa. Aspira a viajar por el mundo y contar historias a través de la escritura.

@danipajo13
958 313 726

Ponte un alma si la encuentras

Blanca Varela, un suspiro eterno

Ponte un alma si la encuentras

Blanca Varela, un suspiro eterno

Daniella Paredes Johnson

UPC
Carrera de Comunicación y Periodismo

Para mis papás y mi hermano,
por estar presentes a pesar de la distancia y
celebrar mis logros como si fueran suyos.

Y para mi Tata, por supuesto.

Ponte un alma si la encuentras
Blanca Varela, un suspiro eterno

© Daniella Paredes Johnson, 2023
© Imagen de la portada: Archivo de Blanca Varela
Diseño de portada: Maria José Villegas

Este libro es un trabajo de la asignatura Periodismo Literario 2, correspondiente a la carrera de Comunicación y Periodismo de la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (UPC). Los testimonios recogidos en el presente trabajo son responsabilidad exclusiva del autor del texto.
Profesor: Jaime Cordero
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin el consentimiento expreso del autor.

Es la vida, más que la muerte, la que
no tiene límites.

Gabriel García Márquez

Índice

Prólogo 13

Introducción 17

Capítulo I: Ser poeta sin saberlo 21

Capítulo II: El paraíso soñado 35

Capítulo III: Amistad, muerte y silencio 51

Anexo fotográfico 71

Línea de tiempo 77

Fuentes testimoniales 79

Referencias 83

Prólogo

Blanca Varela ha dejado una marca indeleble en el alma de la literatura peruana: cada uno de sus poemas ha sido escrito desde el coraje para expresar lo que sentía de forma genuina. Abolió cualquier tipo de temor desde la poesía para pronunciarse sobre este mundo terrenal y sus incertidumbres. Sus angustias también.

Una persona especial en conectarse con su entorno y la forma de interpretar la vida. No solo disponía de una mirada estrictamente intelectual, poseía una sensibilidad que le permitía aproximarse a la humanidad de los otros. Eso la hacía enteramente especial, además de su férreo carácter. Blanca siempre marcaba el principio y el fin en sus batallas creativas y personales.

Ese universo tan personal de la poeta más importante del Perú ha sido retratado con detalle y luminosidad por Daniella Paredes Johnson: ella nos conduce por las distintas etapas vitales de Blanca Varela con referencias informativas y testimoniales que nos ayudan a descubrir o redescubrir a este personaje desde varias dimensiones; un reporteo minucioso que se agradece en cada dato que se proporciona. Y, que demuestra, que todo no está al alcance un clic. La información trascendental aún se encuentra en los seres de carne y hueso.

Este reporteo exhaustivo que ofrece la autora de *Ponte un alma si la encuentras*, nos permite aproximarnos a la poeta en momentos relevantes de su vida. Por ejemplo, su ingreso a la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, una experiencia central para ella. Allí entró en

contacto con el ambiente intelectual de su generación y pudo vincularse con las preocupaciones de su tiempo sobre el Perú, un país con muchos pendientes que debía pensarse y reorientarse.

Pero esas inquietudes no solo las vivió desde la reflexión política y social, la poesía fue desde su juventud la vía en la que se expresaba. Por eso mismo, la importancia de su conexión con Sebastián Salazar Bondy desde sus épocas universitarias, una persona esencial en su camino como lo señala Paredes en su libro, porque más allá de la posible relación afectiva que pudieron tener; ambos lograron compartir un mundo de palabras que buscaban darle cierto sentido a sus inquietudes existenciales.

Después llegaría el amor, ese que la llevó a casarse con el joven pintor Fernando de Szyszlo, quien deslumbró a Blanca Varela y la convenció no solo de unirse en matrimonio, sino de irse del Perú y abrazar la aventura de viajar a Francia, a París. Así fue, París duró varios años en sus vidas. La idea era ver el mundo. Y lo vieron.

Ese mundo con el que habían tenido contacto les abrió los ojos y este libro muestra el contexto de sus vidas en la Europa de la posguerra, donde diversidad de escritores y pintores latinoamericanos intentaron de labrar una trayectoria. Sin embargo, ciertos nombres resaltan en estas páginas dedicadas a esos tiempos, como Octavio Paz: el famoso poeta mexicano que se convirtió en el mentor de ellos en París y los guió en los espacios intelectuales. Una amistad llena de agradecimiento.

Pero Blanca Varela no solo es la gran poeta que delineó a través de sus versos representaciones simbólicas de sus ausencias y deseos; ella también fue madre de familia y dispuso de todo su ser para criar a sus dos hijos: Vicente y Lorenzo.

El tema de la maternidad es un asunto clave para comprender también la sensibilidad de Blanca Varela, quien entendió que era un tipo de amor incomparable a cualquier otro. La autora del libro, Daniella Paredes Johnson, incluye el poema *Fútbol* para tratar de dilucidar esos sentimientos que Varela poseía por sus hijos, el tipo de emociones maternas con las que ella se conectaba. En ese sentido, al leerlo, queda claro que ellos formaban parte de su mundo poético. No podía ser de otra forma.

Sin embargo, la tragedia también atraviesa la existencia de Blanca Varela, la muerte de Lorenzo, uno de sus hijos con Fernando de Szyszlo, desgarró su alma y nunca volvió a ser la misma. Ese evento que marcó un antes y un después en su vida posee un caudal informativo considerable en este libro: testimonios de familiares, amigos y periodistas. Una multiplicidad de miradas para procurar entender cómo ella pudo afrontar este drama que no tiene nombre, una tragedia que conectó tiempo después con la poesía para gritar su dolor.

De esta manera, *Ponte un alma si la encuentras*, es un libro que apela a reconstruir por medio de muchas fuentes: testimoniales y documentales la forma de ver el mundo y la poesía de Blanca Varela. Un mundo donde se evidencia el temple de un espíritu para afrontar lo inesperado y la sensibilidad para comprender a los demás.

Un resplandor poético eterno.

Manuel Eráusquin Oblitas

Introducción

Conocí a Blanca Varela de casualidad, o eso pensaba. En el 2019, cuando aún vivía en Arequipa, estaba en el Programa Internacional de Bachillerato. Para obtener el certificado era necesario hacer una monografía. A mis 18 años, sabía lo indispensable de literatura y poesía, pero estaba dispuesta a hacer una investigación en esa área porque quería aprender un poco más (o hacer algo que me gustara para que no fuese una tarea tan pesada).

Cuando llegó la hora de escoger un tema, me sentía perdida y empecé a buscar. Entre tantos nombres de poetas peruanos, uno me llamó la atención: Blanca Varela. ¿Quién era ella? ¿Por qué nunca había escuchado su nombre? No había mucha información sobre su vida, o quizás no busqué con la misma intensidad con la que lo hice algunos años después para escribir este libro.

Pensé en hacer mi monografía sobre ella e incluso propuse el tema, pero, por razones que no recuerdo, desistí. No la dejé de lado, por supuesto, y empecé a leer sus poemas y a interesarme más por quién había sido esta mujer que escribía no para la razón, sino para la sensibilidad humana.

Una vez me dijeron que la poesía de Blanca no se entiende, se siente. Y no hay verdad más grande. El primer poema que leí fue *Currículum vitae*: recuerdo que sentí una mezcla de emociones que aún no sé explicar, y este efecto se repite cada vez que lo vuelvo a leer.

Pasaron los años y, en el 2022, tuve la oportunidad de escribir una crónica de perfil sobre un personaje relevante. "Ahora es cuando", pensé. Le propuse el tema de Blanca Varela a mi profesor, Manuel Erausquin, y me dijo: "Tu mayor dificultad es que vas a tener que conocerla a través de los recuerdos de quienes la conocieron". Y así fue como empezó uno de los trabajos más largos y satisfactorios que he hecho a mis 22 años.

En este proceso, conocí a dos de sus amigas: Rocío Silva Santisteban y Carmen Ollé. Ambas poetas. Cuando hablé con ellas, entendí que no quería hacer un trabajo que trate de lo mismo; quería saber quién era Blanca Varela, lo que le gustaba y lo que no, si veía televisión, si tenía un horario para escribir o respondía a chispazos de inspiración, o si le gustaba pedir comida mientras veía un programa de política. Quería 'humanizar' a alguien a quien admiro.

Este proyecto se extendió y, unos meses después, empecé a escribir este libro. Tuve la oportunidad de conversar con otros amigos y su familia, quienes no dudaron en reunirse o contactarse conmigo para hablar de Blanca. Todos la recuerdan como alguien excepcional que los marcó para bien.

Aprovecho estas líneas para agradecerle a cada persona que compartió su tiempo y sus historias conmigo: a Vicente, por abrirme las puertas de su casa y permitirme conocer más sobre su mamá; a María Ghezzi, por el tiempo y por ayudarme a contactar a más familiares de Blanca; a María Bromley y a su hija, María Eugenia, por conversar conmigo pese a la distancia; a Rosita Neira por las historias y las enseñanzas.

A Ramiro Llona, por su calidez y por darme una segunda entrevista porque la primera no se grabó; a Tatiana Berger, por el café y por compartir su emoción por este trabajo; a Cecilia Podestá, por su disposición y sus consejos. Y a todos quienes me regalaron su tiempo para que yo pudiera terminar este trabajo.

No quiero dejar de agradecerle a mis papás y a mi hermano por emocionarse conmigo cada vez que conseguía una entrevista, o por ser el mayor soporte cuando sentía que estaba estancada. A mis tatas, por su cariño incondicional y por traerme té o postres cuando me quedaba horas escribiendo. A mis abuelitos Jorge y Lethy, por enseñarme que si te propones algo, debes esforzarte al máximo para lograrlo. A Bimbo, por recordarme que sí puedo; a Lore, por leer cada capítulo; a los profesores Manuel Erausquin y Jaime Cordero, por retarme y sacar lo mejor de mí en cada oración; y a toda mi familia y amigos. Esto no hubiera sido posible sin cada uno de ustedes.

Hoy me doy cuenta que conocer a Blanca Varela no fue una casualidad. A través de ella, he aprendido que la belleza se encuentra en lo simple, que la dualidad existe y puedes ser poeta y humana a la vez, que el amor tiene muchas formas, y que la mejor manera de trascender es no hacer las cosas por trascender.

Este libro es, de alguna forma, un rompecabezas de recuerdos dispersos que se unieron para retratar la vida de una persona que destacó por sus versos y por su forma de vivir. En las siguientes páginas, no encontrarán un análisis de su poesía, sino más bien historias de una mujer que en un momento podía estar escribiendo sus versos más sentidos y al otro podía estar viendo una novela brasilera mientras comía tostadas y tomaba su té Earl Grey.

Daniella Paredes Johnson
Lima, 2023

Capítulo I

Ser poeta sin saberlo

Cuando niño di muchos,
aquéllos cuentan hasta morir,
los más puros y crueles.
Aquél hacia la mariposa o hacia el gato
que murió al poco tiempo,
o aquél hacia la madre,
para llorar sobre su oscura falda sin olores,
sobre su vientre que amo todavía como mi casa,
pecera, nido sombrío y fresco

(*Los Pasos* - Blanca Varela)

En el año 2000, Rocío Silva Santisteban y Mariela Dreyfus se juntaron para hacer un libro de reflexiones en torno a la poesía de Blanca Varela, escritora y amiga suya. La idea era que ella escogiera los poemas que quería que estuvieran en su propia antología. Rocío recuerda que la casa de Blanca quedaba justo frente al mar, vista que inspiró a la poeta en muchos de sus escritos.

En el proceso de seleccionar poemas para el libro, tuvieron la idea de agregar imágenes del archivo de Blanca. Ella le dio la libertad a Rocío de entrar en su oficina para buscar la foto de portada dentro de un cajón abarrotado de recuerdos impresos.

Mientras buscaba, encontró una foto en blanco y negro que le llamó la atención porque no había salido en ningún lado: Blanca está sentada en un convertible en movimiento, su pelo vuela hacia un costado, sus ojos están chinos por el aire que le cae en el rostro y el fondo desenfocado centra toda la atención de la mirada en ella.

—¡Ay, que linda esta foto! Me encanta— le dijo Rocío a Blanca.

—¿Estás loca? Salgo despeinada— respondió.

***

Blanca Varela, al igual que la mayoría de jóvenes, encontraba placer en la música, el baile y «los muchachos muy guapos». Pero, desde temprana edad, su vida fue una dicotomía que la obligó a escribir para apaciguar la incertidumbre que resonaba en su mente: «Tenía una vida secreta, bastante terrible», contaría muchos años después, en una entrevista a la revista Debate «Era una suerte de conciencia insomne que no me daba tregua y que, mezclada con un obsesivo delirio interpretativo, me hacía la vida imposible, a menos que no lo colocara sobre papelitos, servilletas de papel, cajetillas de cigarro rotas apresuradamente y convertidas en minúsculas páginas, donde depositaba ciertas palabras, frases desordenadas y hasta alguna ilegible obscenidad».

Estas ideas plasmadas en papel eran, en realidad, versos que aún no tomaban forma, pero estaban en proceso. Blanca Varela era poeta de nacimiento pero no lo supo hasta años más tarde, en los pasillos de la Facultad de Educación de la Universidad Mayor Nacional de San Marcos (UNMSM).

Un día de 1943, Blanca caminaba por la universidad rodeada de hombres de saco y corbata que ya habían consagrado su vida a las letras. Era una joven delgada, de tez clara, ojos y cabello color negro.

Su presencia en San Marcos –o, quizás, su particular belleza

y su distinguida elegancia– llamaron la atención de un hombre de mirada triste y profunda, nariz alargada y pelo oscuro peinado hacia atrás, que se le acercó a la joven motivado por una genuina curiosidad.

—¿Usted escribe? —le preguntó Sebastián Salazar Bondy con una formalidad atípica para alguien de 18 años.

—Sí, tengo algunos textos ¿Por qué? —respondió Blanca Varela con una sonrisa nerviosa. Ella recuerda haberse extrañado por ser tratada de usted pero correspondió a la misma formalidad con la que él se había referido.

—¿Me los puede enseñar?

Al día siguiente, Blanca le llevó uno de sus textos a Sebastián. Años después le confesó a Federico de Cárdenas y Peter Elmore, ambos periodistas, que ella nunca decía que escribía poesía, sino versos. Salazar Bondy leyó sus 'versos' y le dijo con grata sorpresa:

—Esto es Herrera y Reissig ¡Usted escribe poesía!

Apenas ingresó a la universidad, Blanca Varela sufrió «los embates de ser una mujer, casi una niña, en un mundo de jóvenes bárbaros que se preparaban para ser hombres con mayúscula». Para ella, los hombres habían sido educados para dedicarse a «cosas importantes», como solucionar los problemas que aquejaban al mundo, mientras que las mujeres podían prestarle atención a cosas pequeñas e incluso usarlas como inspiración para hacer poesía.

Luis Rebaza Soraluz, graduado en Lingüística y Literatura por la PUCP, profesor y estudioso de la obra de Blanca Varela, plantea la duda de si la poeta, en base a los paradigmas sociales de la época, verdaderamente ingresó a la universidad para escribir, o para trabajar y, en paralelo a ello, escribir.

—Tú tienes 16 años ¿Estudias educación para escribir o estudias educación y además escribes? —reflexiona Rebaza—. En ese momento, estudias educación porque esa es la carrera, es la profesión y de eso vas a vivir.

Según Rebaza, en la década de los 40, las pocas mujeres que tenían formación universitaria estudiaban Literatura y Pedagogía para dedicarse a la docencia; sin embargo, Blanca Varela era una excepción, porque el rumbo de su vida tenía miras a que sería escritora, más no maestra. «En poco tiempo me di cuenta de que era lo menos dotada para la enseñanza».

Blanca era la tercera generación de escritoras en su familia: su abuela materna, Delia Castro Marquez, escribía sobre política, así como novelas y poesía; su madre, Esmeralda Gonzáles Castro, escribía letras para canciones y «cierto tipo de poesía festiva». Ella había heredado la escritura como una forma de expresarse. Como una forma de existir.

***

Una es seria, ensimismada,
soñadora, pensativa.
Tiene un beso de la noche en las pestañas
y dos ráfagas de luz en las pupilas.
Tiene algo de misterio.
Al mirarla se diría
que ella sabe
lo que nadie ha descubierto todavía.
Esta mágica muñeca,
mi muñeca soñadora y poetisa,
la del beso de la noche en las pestañas
y la ráfaga de luz en las pupilas
es la página enigmática
en el libro transparente de mi vida

(*Cajón de sastre* - Serafina Quinteras a su hija Blanca Varela)

Blanca Leonor Varela Gonzales nació el 10 de agosto de 1926 en el seno de una familia dedicada al arte y desligada de las convenciones sociales de la época. Su madre, Esmeralda Gonzales Castro, conocida por el seudónimo de Serafina Quinteras, fue compositora de valses criollos, escritora y poeta costumbrista. Ella era una mujer adelantada a la época que participó en el Comité Nacional pro Derechos Civiles y Políticos de la Mujer y abogaba por el sufragio para las mujeres.

Cecilia Podestá, poeta y escritora peruana, autora del libro *Blanca Varela: poeta de la Generación del 50*, describe a Esmeralda Gonzales como «la gran mujer que hizo lo que quiso. Ella era una poeta que no leía pero le salía y cantaba. Era feliz porque no tenía presiones sociales. Cuidaba a sus hijas sola».

A sus 73 años, Varela reveló en una entrevista que su hogar era una suerte de matriarcado: ella vivía con su mamá y su abuela porque sus padres se separaron cuando era muy pequeña. Ella recuerda a ambas mujeres como personas muy divertidas que «hablaban en verso» y protegían a la pequeña Blanca, a veces de sobremanera.

Alberto Varela Orbegoso, padre de Blanca, fue un hombre ajeno a las normas sociales establecidas. Fue periodista y, más que un padre de presencia irregular, fue un amigo que le regaló a Blanca sus primeros libros.

Podestá ahonda en su texto sobre la poeta en esta relación padre e hija: «La presencia paterna en la casa familiar era intermitente hasta que quedó a ausencia. [...] Alberto Varela le dio a leer autores españoles tanto modernos como decimonónicos. Entre ellos, Pío Baroja, Valle Inclán, Miguel de Unamuno. Esto fue determinante, ya que sus lecturas fueron una isla en medio de esa casa de mujeres que trabajaban, luchaban y componían valses y en la que Blanca estaba destinada a ser también letrista y compositora».

Alberto la introdujo a la bohemia de Lima y la presentó a los artistas de la época. Era tan así que incluso le daba libros que no eran

apropiados para una niña, como *Nana de Zola* y *Madame Bovary*, por lo que Serafina Quinteras lo llamaba «padre amoral».

Fue su padre quien, desde temprana edad, la alentó a que fuese poeta, «pero no directamente». Cecilia Podestá, con una sensibilidad particular por la poesía, considera que el poema *El Capitán*, escrito por Varela, no está relacionado con el amor romántico, sino con el amor paternal que escaseó en su niñez.

> *El capitán es insomne por naturaleza y sin embargo sueña.*
> *Su aliento se vuelve contra él como un tábano sediento.*
> *La batalla lo espera siempre más allá del horizonte. Y en*
> *la espera, bajo el bronce de su piel, los músculos penden*
> *flácidos como los de una niña atacada de malaria, mientras*
> *sus huestes se acoplan en las bodegas húmedas.*
>
> *Sólo el mar canta esta leyenda.*
>
> (*El Capitán* - Blanca Varela)

En la entrevista con la revista Debate (1981), Varela asegura que no considera «haber sido tonta ni ignorante para mis años. Gracias a una madre y un padre lectores y librepensadores había leído sin censuras y desde muy pequeña todo lo que había caído en mis manos, especialmente novelas».

Su infancia fue una suerte de presagio sobre su futuro como escritora: «Alguien ha dicho algo que para mí es cierto: que la poesía es un vicio que se adquiere con la infancia. También es cierto que algunos se curan con los años, y que otros quedamos enredados para siempre en sus buenas o malas artes. Bueno, eso lo decide el tiempo. Si son buenas o malas artes, no sé», dice Varela en una entrevista con María Amelia Fort de Cooper.

La escritura es, finalmente, un ejercicio que permite plasmar

la imaginación en algo tangible como el papel y hacer que los demás, al leerlo, lo hagan suyo. Para Blanca, era una forma de cambiar el mundo en el que vivía porque no le gustaba. Este afán de crear nuevas realidades hizo que empezara a jugar con lo que tenía a la mano: las palabras. «Empecé a practicar un juego secreto que consistía en repetir palabras y hacer como si fueran plastilina: podía alargarlas, cortarlas, adelgazarlas, descomponerlas, volverlas a pegar y construir universos propios con ellas». Este ejercicio nunca terminó, y, algunos años después, las palabras retocadas por Blanca Varela conocieron el papel, el papel los libros, y los libros a nosotros. Estaba escrito.

***

Sebastián Salazar Bondy fue uno de los detonantes más importantes en la vida artística de Blanca Varela, pues le mostró con claridad el camino que debía seguir, o más bien, le aclaró el camino que venía recorriendo: «Fue Sebastián quien poco a poco me hizo darme cuenta de que lo que intentaba era escribir poesía», dijo Varela años después de haberlo conocido.

Cecilia Podestá asegura que Salazar Bondy fue «primero, solo un chico más caminando entre otros alumnos de San Marcos, un primer novio, después el mejor amigo de esos primeros años y hoy, para todos nosotros, poeta, dramaturgo, ensayista, académico y, sobre todo, autor del poemario *El tacto de la araña* y el ensayo *Lima la horrible*».

Podestá precisa que hay dos versiones sobre una supuesta relación amorosa entre Blanca y Sebastián; Ximena Salazar Lostaunau, hija del poeta, le dijo a Podestá que nunca fueron enamorados con el título como tal, quizás eran amantes esporádicos, pero nunca se confirmó la relación. Por su parte, Fernando de Szyszlo, ex esposo de Varela conocido como Gody entre su círculo cercano, le aseguró a Cecilia que Blanca y Salazar Bondy sí fueron enamorados, e incluso

él «se la robó» años más tarde cuando frecuentaban la Peña Pancho Fierro. Fuese como fuese, es innegable la amistad visceral que hubo entre ambos, la cual se basaba en la poesía.

El escritor de la generación del 50 perpetuó su vínculo cercano con Blanca en una foto que denota complicidad en su máxima expresión que le pertenece al archivo de la poeta: Salazar Bondy está sentado entre dos mujeres en una banca del Parque de la Reserva allá por la década de 1940. Una de ellas es la joven Blanca Varela, quien lleva el cabello recogido en una cola y tiene la mirada perdida en el libro que su amigo sostiene entre manos. Al otro lado está la hermana de la poeta, Nelly, también absorta por las letras impresas en el papel.

El cariño y, sobre todo el respeto que se tenían como escritores, eran sentimientos mutuos, tanto así, que sobrepasaba al papel. En el diario La Prensa, Salazar Bondy escribió una nota llamada Los sueños conscientes de Blanca Varela, publicada en 1960 luego de que ella sacara su primer poemario en México Ese puerto existe (1959): «Blanca Varela es quizá la única escritora, la única poeta joven del Perú, que tiene estilo. Su expresión literaria ha encontrado una manera de decir que es, al mismo tiempo, clara y eficaz, y a diferencia de la mayoría de las poetisas de aquí y bastantes del resto del continente, se muestra dueña de su oficio».

La amistad entre Blanca y Sebastián fue un vínculo que se fortaleció con el pasar de los años, casi al punto de volverse una relación simbiótica entre ambos. Su relación amical se nutría de la escritura y la sincera compañía: «El día que murió (Sebastián Salazar Bondy) sentí como si me hubieran arrancado súbitamente un brazo o una pierna», reveló Varela en *Confesiones Verdaderas*.

***

¿Qué nos hace gemir y caer de rodillas? ¡Valor! Hay tiempo de sobra, que prosiga el festín. Luzcan airosos sus cráneos los convidados, sucios escarabajos atados a su memoria.

(*Primer baile* - Blanca Varela)

«Sebastián me llevó cierto día a un lugar que me pareció extrañísimo. Era algo así como una tienda vieja, con un portón estrecho, bajo y cerrado que sólo se abría a medias para dejarnos pasar a partir de las siete de la noche. En su interior, bajo una luz bastante escasa, y rodeado por los objetos más fantásticos que había visto en mi vida, estaba reunido, hablando animadamente, un grupo de "gente grande". Ese lugar era la Peña Pancho Fierro y aquellas personas que me acogieron eran nada menos que José María Arguedas, Celia y Alicia Bustamante, Judith y Emilio Westphalen [...] y entre otros tantos inolvidables compañeros», recuerda Blanca como si hablara de un segundo hogar presente en su vida.

La Peña Pancho Fierro, un espacio de dos cuartos contiguos, piso de madera y estantes sobre los que reposaban retablos ayacuchanos, cruces con tallados de madera y toritos de Pucará, era el lugar favorito de los artistas de la década del 50, en donde, según el catálogo de la exposición de homenaje a Blanca Varela, publicado por la Casa de la Literatura, los participantes descubrieron una nueva manera de entender al país, a un país que dejaba la idea de que Lima era todo el Perú y tomaba en cuenta la existencia de otras provincias.

La Peña Pancho Fierro no solo era especial por ser un punto de reunión de artistas jóvenes, sino que era especial por quienes lo conformaban.

***

El término 'Generación del 50' se acuñó por primera vez en el libro Poesía contemporánea del Perú (1963), publicado por Manuel Scorza, novelista, poeta, político y editor peruano. Este grupo se constituyó por novelistas y poetas, en su mayoría hombres, nacidos entre 1920 y 1930. En este grupo generacional destacaban Carlos Germán Belli, Javier Sologuren, Paco Bendezú, Washington Delgado, Leopoldo Chariarse, Alejandro Romualdo, Jorge Eduardo Eielson, Sebastián Salazar Bondy, entre otros.

En el libro *Poesía peruana: entre la fundación de su modernidad y finales del siglo XX*, Luis Rebaza dedica un capítulo llamado Los años cuarenta: los poetas de posguerra, la república ácrata y la construcción de una poética peruana moderna para cuestionar la existencia de una Generación del 50 como tal.

—El problema es que se habla de la generación del 50, del 60, del 70, del 80. Entonces, para tal caso ¿Por qué no hablar de décadas?

En ese sentido, sostiene que no existe un evento histórico relevante que justifique la creación de la Generación del 50. Rebaza plantea, además, que Blanca Varela no tuvo problemas para incorporarse en este círculo de intelectuales, porque ella lo constituyó desde un inicio. Sin embargo, sí remarca que ella tuvo un espacio privilegiado en ese contexto, porque sus amigos de la universidad y su participación en las reuniones de la Peña Pancho Fierro le dieron el espacio para ser parte de este grupo generacional de intelectuales.

—Ella quería estar en la tradición de Vallejo. No necesitaba una modelo mujer. Necesitaba un modelo; ella se encargaba de hacerla mujer.

En una entrevista de Michelle Prain Brice a Blanca Varela, llamada *Creación y Trascendencia*, se le pregunta a la poeta «¿Qué tiene en común la generación del 50?», a lo que ella responde:

—¡Nada! Sólo un grupo compartió la calidad de la poesía que

hicimos. Nos dividieron entre poetas puros y sociales. Yo estaba entre los puros, aunque después mi poesía ha sido menos pura.

Una discusión recurrente entre los poetas de la Generación del 50 se centraba en la división entre poesía pura y poesía social: José María Arguedas era el representante del mundo andino, mientras que Emilio Adolfo Westphalen era el representante del lado europeo en el Perú. Varela era reacia a la fragmentación entre poetas puros y sociales, tal como lo menciona en un diálogo con Roland Forgues llamado *La fascinación por lo maravilloso* (1986):

—Se te suele presentar como a uno de los principales exponentes en el Perú de la llamada 'poesía pura'. ¿Qué opinión te merece semejante calificación?

—Yo no creo en esa distinción de poesía pura y poesía social. Para mí toda poesía es social en el sentido que está escrita en una sociedad por un miembro de esa sociedad y lo que toque al poeta serán siempre temas que atañen al individuo.

Por su parte, Cecilia Podestá sostiene que esta generación fue «brillante para las letras del país y muchos críticos consideran que fue la mejor poesía que se escribió en el Perú». Blanca Varela también conformó parte de este grupo de escritores que leían a Rainer María Rilke, André Breton y a su vez querían continuar el legado de César Vallejo, José María Eguren, Martín Adán, entre otros poetas vanguardistas.

A pesar de que Blanca no solo conformó, sino que fue pieza clave en este círculo de escritores, Carmen Ollé, poeta y amiga de Varela, asegura que los críticos mostraban poco interés en la poesía escrita por mujeres e inventaban excusas vagas para no incluirlas en las antologías, como «no sabemos cuándo nació, entonces no sabemos si pertenece a la generación del 50».

—¿Cuál fue la primera impresión que tuvo al conocer a Blanca?

—La primera impresión fue en 1975 cuando fui con Enrique

Verástegui a que la entrevistara en la librería del Fondo de Cultura Económica, que ella gerenciaba. Entonces, yo no sabía nada de la poeta, porque en las antologías nadie la mencionaba ni incluía. Fue en 1981 cuando entré a trabajar en la Universidad Nacional de Educación Enrique Guzmán y Valle contratada por el profesor Miguel Gutiérrez para ser parte del equipo de investigación del proyecto "La generación del 50" que me di cuenta de que tampoco se consideraba a Blanca dentro del grupo generacional, pues alguien dijo que "no conocía su fecha de nacimiento". Los miembros de dicha generación debían haber nacido en el periodo comprendido de 1925 a 1935; por lo tanto, Blanca sí estaba en ese grupo etario, ya que nació en 1926. Simplemente comprobé el poco interés que mostraban los entrevistados en la escritura de las mujeres.

Rocío Silva Santisteban, abogada, periodista, escritora, poeta, profesora, política y amiga de Blanca Varela, reconoce que este entorno masculino influyó y formó a la escritora en sus inicios.

—¿Qué es lo que sucede en los años 50? ¿Quiénes eran las personas vinculadas a la literatura? Eran los varones. Blanca, en esa época, que era bien difícil, entró a la universidad. Y no era difícil entrar a la universidad, sino que era difícil que tus padres te permitieran, como mujer, estudiar. Entonces Blanca entra y se hace amiga de toda la gente de su generación: su grupo de pares eran todos varones. [...] Cuando Blanca comienza a escribir su primer libro de poesía, lo escribe en un yo poético masculino. O sea, "Ese puerto existe". El primer libro está escrito en un yo poético masculino. Solo hay pequeños momentos en que aparecen los adjetivos terminados en -a.

En el contexto de la Generación del 50, es importante entender que los jóvenes aprendían a escribir poesía con un yo poético masculino, porque se basaban en el género de Dios, quien responde a él. Así lo recalca Camilo Fernández, doctor en Literatura Peruana y Latinoamericanas, quien ha publicado obras sobre Blanca Varela.

Despierto.

Primera isla de la conciencia:

un árbol.

El temor inventa el vuelo.

El desierto familiar me acoge.

Alguien me observa con indiferencia»

(*Destiempo VIII* - Blanca Varela)

***

La Peña Pancho Fierro era, según Podestá, un «bar indigenista en el centro de Lima y un espacio sorprendente que guarda las imágenes de toda una generación de artistas, escritores, músicos e intelectuales que hallaban en sus paredes un diálogo concreto del contexto cultural que atravesaban».

Para Luis Rebaza, la Peña Pancho Fierro era un lugar en el que se desplegaban relaciones plurales y estaba la presencia de una dicotomía poética propia de la época: lo indigenista y lo europeo.

Sería equívoco pensar que en este lugar sólo se juntaban estudiantes para discutir obras, compartir textos y fantasear sobre migrar a París para vivir el sueño bohemio de la posguerra, sino también como un espacio donde coexistían la música, el baile, la alegría y la amistad. Blanca Varela recuerda que, de siete a diez de la noche, los jóvenes artistas zapateaban al ritmo de huaynos y hacían sonar las tablas de madera como si fueran parte de la música.

La poeta recuerda también a José María Arguedas bailar

«como el más noble y airoso alcalde de pueblo». La fiesta tenía un color diferente por la colección de arte popular de Cecilia Bustamante que alegraba las paredes, y el ambiente tenía un olor a cigarro mezclado con el de pisco de frutas que tomaban.

El archivo de Blanca Varela guarda una de esas noches de fiesta y alegría en la Peña Pancho Fierro. En una foto blanco y negro, se ve a la poeta sentada en el piso de madera. Lleva puesto una suerte de disfraz abstracto: sobre la cabeza tiene una paloma rodeada de ramas, sus ojos están delineados cual princesa egipcia, su boca está cubierta por una tela negra y sus orejas tienen plumas; en el brazo izquierdo, entre el hombro y el codo, lleva una cinta blanca, el vestido negro que lleva puesto no tiene mangas y su mano derecha sostiene un cigarro y un vaso transparente.

Al lado suyo, también disfrazado con lentes y una gorra, está Salazar Bondy.

Capítulo II

El paraíso soñado

Volver el rostro
no por demasiado tiempo.

¿Fue el ocaso de siempre
o un alba dejada atrás?

Amor,
paisaje que el tiempo corrige sin tregua.

La primavera es breve
a ambos lados del camino

(*Victoria* - Blanca Varela)

El amor para Blanca tenía otro significado o lo veía desde otra sensibilidad, desde una esquina deshabitada. Ramiro Llona, artista plástico y amigo de la poeta, recuerda una conversación con Varela en un café de Nueva York: Él, aquejado por dudas existenciales y en busca de respuestas que aún no existen, le contaba a Blanca sobre sus relaciones amorosas y sobre su angustiosa búsqueda por tener compañía. Ella lo miraba con mucha ternura por su juventud, su ingenuidad y su inocencia.

—¿Cuál ha sido tu gran amor?—, le preguntó Blanca.

Ramiro empezó a enumerar sus relaciones más largas: algunas de varios meses, otras de años...

—Qué gracioso que creas que los amores son más importantes según cuánto duran.

Después de escuchar esto, Ramiro se quedó con la imagen de una Blanca Varela capaz de amar a alguien al poco tiempo de conocerlo. Para él, ella era una persona con «honduras emocionales y una profundidad inmensa».

***

amos, la luz cambia,
la luz y el viento nos esperan creciendo.
Es hacia la noche donde vamos,
al frescor de la sombra continua,
al beber de los frutos vivos
que penden de ramas increíbles.

Ahora hay tal certeza
de que un pie sigue al otro
y el sol y la luna hacen el día juntos
y el reposo no es terrible.

No es éste el lazo
ni tú eres hoy la presa pequeña.

(*El Paseo* - Blanca Varela)

Blanca Varela y Fernando de Szyszlo, pintor peruano, eran vecinos en el barrio de Santa Beatriz. Durante su niñez, no solían frecuentarse el uno con el otro pero no eran completos desconocidos. Años

más tarde, cuando Blanca ingresó a la UNMSM y empezó a ir a la Peña Pancho Fierro, se encontró nuevamente con Szyszlo y entablaron una relación amorosa.

El 19 de agosto de 1949, en la iglesia Cristo Rey de Santa Beatriz, Blanca Varela y Fernando de Szyszlo se juraron amor ante un Dios en el que no creían. Ella, desprendida de las convenciones hasta en las ceremonias religiosas, se vistió con una falda y una blusa; ropa inusual para una novia pero cómoda para emprender un viaje al paraíso soñado: París.

Blanca Varela y Fernando de Szyszlo son, para Podestá, «dos ateos que se unían en juramento bajo un Dios prestado». La pareja de artistas no creía en la vida después de la muerte, en los milagros o en los dogmas religiosos, pese a haber crecido en un país de tradición católica. Según la hermana menor de Blanca, María Bromley Gonzáles, el matrimonio religioso fue una forma de complacer a su madre.

Al terminar la boda, la pareja de jóvenes esposos se dirigió al puerto del Callao para subir al barco Reina del Pacífico y atravesar el mar, durante poco más de 25 días en un camarote de tercera clase. Todo esto para cumplir su fantasía de vivir la vida bohemia parisina de la posguerra de la que tanto habían discutido en San Marcos y luego en la Peña Pancho Fierro.

Esta urgencia desmedida por salir del Perú, un terreno infertil para artistas emergentes como ellos, era una necesidad que aquejaba a toda esa generación: «El hecho es que era imposible tener veinte años durante la posguerra y no decidir ir a París a vivir. Casi toda mi generación fue a París», aseguró el entonces esposo de Blanca en una crónica del periodista Manuel Erausquin. De hecho, ellos fueron los últimos del grupo de la Peña Pancho Fierro en salir del Perú, y fueron de los pocos que años después regresaron.

Esta aventura, irracional para algunos por la precariedad que significaba vivir en europa durante la posguerra y necesaria para

otros, se inmortalizó en una foto que parece estar tan viva como el recuerdo de aquel momento. Entre sogas, fierros y brisa marina, están dos jóvenes cómplices, con similares aspiraciones: Szyszlo, de mirada dura pero inocente, bigote y cabello crespo, se sostiene con delicadeza del brazo de Blanca. Ella, una joven de 23 años, pelo corto, ojos achinados por la brisa de alta mar, y con una caja de cigarrillos en la mano unida a su entonces esposo, tiene una sonrisa tímida que se traduce en emoción, miedo, o ambos. El mar de fondo se difumina entre el cielo despejado y París todavía parece una ilusión.

Blanca Varela recuerda en una conversación con Jorge Salazar que ese viaje y la inmensidad del mar le enseñaron muchas lecciones por casi un mes: «Yo había sido pobre, yo era pobre; pero, por ejemplo, ya recién subidos al barco 'degustamos' el tratamiento que los ingleses reservan para la colour people, y claro, nos quedaba el mar, el azul del mar, las paradas en algunos puertos, La Habana, el colorido de las islas, pero se aprende mucho cuando se viaja en barco, más si es de tercera clase, la última, de un barco que se llamaba La Reina del Pacífico».

Blanca y Gody subieron al barco con 60 dólares en el bolsillo, «ya sus boletos de tercera clase habían sido un gasto considerable», relata Cecilia Podestá. Su única preocupación era llegar a París para aprender de grandes artistas y encontrarse con la vida bohemia que conocían por experiencias ajenas. No demoraron en darse cuenta que París ya no era una fiesta.

***

La idea de dos jóvenes artistas en París es fácil de idealizar, de romantizar, pero no hay que olvidar que esta dimensión se contrarrestó con el lado humano, el lado cotidiano, o monótono si se quiere. En 1949, Francia vivía el periodo de la posguerra que se caracterizó por la inestabilidad política, el racionamiento de alimentos, los conflictos sociales, entre otros.

28 días después de emprender su aventura en altamar, Blanca Varela y Szyszlo llegaron a París. En la estación de tren La Rochelle, Jorge Eduardo Eielson, escritor peruano, recibió a la pareja y los llevó al lugar que sería su hogar por los siguientes dos años: el hotel Sena.

Según cuenta Podestá en su libro, la joven Blanca lloró todas las noches durante un mes porque se dio cuenta que París no era la fiesta con la que soñó, y el hambre era una constante en la vida de la posguerra.

Varela y Szyszlo sustentaban sus gastos con «un cheque de setenta y cinco dólares» que les llegaba cada mes. En una entrevista con Silvia Cherem, llamada Asediada por rumores y ruinas, Blanca cuenta que vivían al límite de sus posibilidades y dependían de la buena voluntad del padre de Szyszlo:

«Cuando llegaba el cheque comprábamos café, cigarrillos e íbamos al cine; pero los últimos quince días, sin plata, eran asquerosos», recuerda la poeta sobre aquellos años en París.

Rosita Neira, sobrina de Blanca Varela, cuenta que sus papás vivieron en la misma pensión que sus tíos. Ella recuerda, como anécdota, que con el poco dinero que recibían entre todos, compraban un saco de papas para comer durante la última quincena de cada mes.

En el cuarto tenían una calefacción que funcionaba con carbón y, para prenderla, tenían que poner una moneda. Si no lo hacían, o si no podían hacerlo, tenían que soportar las bajas temperaturas como pudieran.

Además, cuenta que solo había un abrigo para las mujeres, por lo que tenían que turnarse para usarlo durante el invierno crudo parisino: «La pobreza fue extrema, pero ellos decidieron eso», reflexiona Rosita.

La pareja hacía una comida al día y, en caso desayunaran, lo hacían tarde para que fuese también el almuerzo. En las noches, la

disyuntiva de la pareja era si gastar dinero en fumar, ir al cine y tomar un café o comer: «la primera opción es mucho más interesante ¿no?», le dijo Blanca a Doris Bayly en la entrevista P*orque somos más vulnerables*, 36 años después de su aventura por Europa.

Jorge Valverde, editor del libro *Entrevistas a Blanca Varela*, hace una lectura de este momento clave en base a las numerosas confesiones de la poeta y reflexiona sobre la complejidad en la vida de Blanca: «Pasaron hambre, me deja pensando en ¿Cómo se las arreglaban? Eso tiene un lado bueno, pero también jodido. Ese lado no se cuenta, pero se percibe un poco cuando te adentras en las entrevistas de Blanca».

La vida bohemia que le ofrecía París a los jóvenes artistas disimulaba el hambre, tanto así que Blanca le cuenta a Bayly una anécdota que involucra a Julio Cortazar, el autor de *Rayuela*:

«Para nuestra primera 'cena formal' invitamos a Cortázar (todavía no había publicado *Bestiario*). No había mucho que elegir, así que compré alcachofas y un pescado (no sabía qué hacer con él). Como era muy escrupulosa, pensé que la mejor forma de que quedara totalmente limpio era… lavándolo con jabón. Vi de pronto que se comenzaba a desmenuzar entre mis dedos; comprendí entonces que ese no era el método más apropiado para limpiar pescados. Pero como no podíamos comprar otro, lo lavé bien con agua, y lo serví muy bien adornado con la riquísima mayonesa francesa, alcaparras y alcachofas. Cortázar ni se enteró. Además era una época en la que teníamos mucha hambre y comíamos cualquier cosa».

En París, las carencias materiales eran nada en comparación con todo lo que se aprendía entre pintores, escritores, músicos y demás artistas que hoy son ídolos casi santificados.

***

«Uno de los primeros amigos que tuvimos fue, sin duda, el mejor y al que más debo. Me refiero a Octavio Paz. Sin su generosidad y su afecto jamás hubiera escrito poesía o, mejor dicho, hubiera pasado a su lado maltratándola, y no estoy hablando de los resultados sino de la intención».

(Blanca Varela en entrevista con la revista Debate - 1981)

Octavio Paz era un hombre de 35 años, mirada seria, nariz grande, labios delgados y pelo ondulado. El escritor mexicano, considerado uno de los más grandes poetas de todos los tiempos, se deslumbró cuando leyó la prosa de Blanca; Peña Barrenechea, poeta y diplomático peruano, fue el nexo entre Blanca y Paz. Él le comentó a Octavio de la llegada de la pareja a París y «como todo leía», ya conocía algunos poemas de Varela que habían sido publicados en la revista Las Moradas, dirigida por Emilio Westphalen, en la que escribían y colaboraban los artistas de la Generación del 50.

Él era la persona que la motivó a persistir con la escritura y le exigía leer textos nuevos cada vez que se veían. Incluso, Blanca dejaba de cocinar o hacer lo que estaba haciendo para escribir o terminar un texto y mostrárselo a Paz. Su amistad fue entrañable y Blanca siempre se refirió a él como Octavio, algo que sorprendió a los jóvenes escritores, como Javier Arévalo: «Ella llamaba a los grandes poetas por sus nombres: Octavio. Eso me encantaba de ella».

Volviendo a la desesperación: una desesperación auténtica no se consigue de la noche a la mañana. Hay quienes necesitan toda una vida para obtenerla.

No hablemos de esa pequeña desesperación que se enciende y apaga como una luciérnaga.Basta una luz más fuerte, un ruido, un golpe de viento, para que retroceda y se desvanezca.

(*Del orden de las cosas* - Poema de Blanca Varela dedicado a Octavio Paz)

***

En 1959, Blanca y Fernando vivían en Washington. La pareja había dejado de frecuentar a Octavio Paz, pero la amistad seguía intacta. Ese mismo año, viajaron a México y se encontraron con el poeta que, «por coincidencia, también había vuelto de uno de sus viajes como diplomático», recuerda Varela.

—¿Has escrito algo? —preguntó Octavio, quien no había visto a Blanca desde hacía más de cinco años.

—Tengo algunas cosas —respondió Blanca.

—¡Pero hay que hacer ya un libro!— insistió Paz con un tono de voz entusiasta y una voluntad generosa.

Antes de regresar a Estados Unidos, Blanca le dejó los pocos poemas que tenía agrupados en una versión inédita de «hojas mecanografiadas con tapas negras y dibujos» por Fernando de Szyszlo. El título original del poemario era Puerto Supe.

—Ese es un título muy feo —le dijo Octavio Paz a Blanca sin mayor reparo.

—¡Pero ese puerto existe! —refutó Blanca.

—Ese es un buen nombre.

Al poco tiempo, Blanca recibió su primer libro E*se puerto existe*, publicado con la editorial de la Universidad Veracruzana (México) y con un prólogo de Paz. El primer poema que se leía al abrir el poemario era *Puerto Supe*:

Aquí en la costa escalo un negro pozo,
voy de la noche hacia la noche honda,
voy hacia el viento que recorre
ciego pupilas luminosas y vacías,
o habito el interior de un fruto muerto,
esa asfixiante seda, ese pesado espacio
poblado de agua y pálidas corolas. En esta costa soy el que
despierta entre el follaje de alas pardas,
el que ocupa esa rama vacía, el que no quiere ver la noche.

«A Paz no le debo únicamente el título, el prólogo y la publicación de ese primer libro, sino mi vocación y mi destino en cuanto a la poesía», le confesó Varela a Jorge Fondebrider, D. G. Helder y Charo Nuñez en una entrevista titulada Ya no quiero ser un perro; lo fui un montón de años y publicada en la revista argentina Diario de Poesía (1994).

El prólogo escrito por Octavio Paz es una muestra del cariño y la admiración que tenía el autor mexicano por Varela; para él, ella es «una conciencia que despierta».

***

Rocío Silva Santisteban cuenta que muchas personas asumen que Puerto Supe es un lugar en donde Blanca pasó su niñez, pero en realidad su encuentro con este balneario fue años después, cuando su vocación como poeta ya era una certeza.

Cuando ingresó a San Marcos y empezó a frecuentar la Peña Pancho Fierro, se hizo muy amiga de José María Arguedas, Celia

Bustamante (su primera esposa) y Alicia Bustamante. Las hermanas tenían una pequeña casa en Supe en donde pasaban los veranos e invitaron, en contadas ocasiones, a Arguedas, Blanca y Szyszlo. Este lugar era una extensión de la vida bohemia que compartían los artistas en Lima.

Puerto Supe significó lo que significó en la vida de Blanca por las personas con las que compartió ese espacio, no por la cantidad de tiempo que pasó ahí.

Una de las fotos favoritas de Varela, o por lo menos así se lo confesó a Rocío cuando revisaban su archivo, es justamente una de ella y Gody en Puerto Supe: Szyszlo está boca abajo sobre una toalla; su bigote y su pelo están intactos pese a la brisa del mar, sus ojos están achinados y frunce el ceño por la luz del sol. Sobre su espalda, está el pie de Blanca. Ella está parada, viste un short a la cintura y un top blanco que le envuelve el cuello. Tiene una mirada inocente, como cuando una niña hace una travesura. Esa era la magia de Puerto Supe.

***

José María Arguedas fue, para Blanca, un gran amigo y una gran inspiración para escribir su primer poemario. Él abrió una puerta para conocer al Perú profundo, a ese Perú que Lima ignoraba. Su amistad traspasó la Peña Pancho Fierro al papel; en su primera publicación, Varela le dedicó un poema:

Todo está preparado para el sacrificio.
La res muge en el templo de adobe.
Lágrima dura y roja,
canchales de fuego,
silencio y olor fuerte de girasol,
de gallos coronados.

Ni una hoja caerá,
sólo la especie cae,
y el fruto cae envenenado por el aire.

No hay centro,
son flores terribles
todos estos rostros clavados en la piedra,
astros revueltos, sin voluntad.

Ni una hora de paz en este inmenso día.
La luz crudelísima devora su ración.

El mar está lejano y solo,
la tierra impura y vasta.

(*Mediodía* - Poema de Blanca Varela dedicado a José María Arguedas)

***

En el 2001, más de 50 años después de viajar a París, Blanca Varela ganó el premio Octavio Paz de poesía y ensayo. En un reconocimiento escrito por Rocío Silva Santisteban, ella considera que este premio, uno de los más importantes en América Latina, «de alguna manera completa el círculo» en la vida de la poeta.

Cuando se enteró de la noticia, Szyszlo (ya estaban separados por segunda vez) le mandó un correo para consolarla: «No te preocupes, los premios no son tan graves». Varela le confesó a Silvia Cherem que ella nunca ha escrito para ser reconocida:

«Nunca he querido ser homenajeada, siempre le he tenido terror al éxito, a ser perseguida o admirada porque, cuando la sociedad mitifica a una personalidad, la asedia, la usa y la obliga a cambiar». Ella sólo escribía como si de respirar se tratara. Era una necesidad que traspasaba la voluntad.

Para Giovanna Pollarolo, poeta, directora de cine y una de las amigas más cercanas de Blanca, ella tenía una actitud ambigua con los premios. «Creo que sí, que sí le gustó que la premien, pero tampoco era una persona que andaba detrás buscando que la premien». Sin embargo, este reconocimiento fue especial; Ana María Gazzolo, también poeta cercana a Varela, comenta que fue el último que ella recibió en persona, puesto que luego su estado de salud no se lo permitió más.

A pesar de no tener expectativas de recibir reconocimientos por sus versos, Blanca sí expresó su agradecimiento y resaltó la importancia de recibir un premio que llevaba el nombre de uno de sus más grandes amigos y quien publicó y prologó su primera obra: «Le estoy abriendo la puerta a las mujeres. Lo mejor que le ha pasado a la literatura peruana después de la generación del 50 es la poesía escrita por mujeres», aseguró la poeta en una entrevista al diario Las Últimas Noticias de Chile (2001).

***

No se si te amo o te aborrezco
como si hubieras muerto antes de tiempo
o estuvieras naciendo poco a poco
penosamente de la nada siempre.

Porque es terrible comenzar nombrándote
desde el principio ciego de las cosas
con colores con letras con aire.

Violeta rojo azul amarillo naranja
melancólicamente
esperanzadamente
absurdamente
eternamente.

(*Poema de Valses y otras falsas confesiones* - Blanca Varela)

«Creo que en París se da cuenta de que vivir ahí no era una fiesta y que el amor no era el amor, porque Szyszlo la deja», dice Podestá con una mirada inquieta y una seguridad plena de que el 'amor romántico' en el que pudo creer la joven Blanca era una ilusión casi igual a la de la postal parisina.

Blanca Varela y Gody vivieron un romance intermitente. Para Fernando de Szyszlo, ellos eran «adultos intelectualmente, pero niños emocionalmente». En su biografía, él asegura que se casaron muy jóvenes y que, como todos los que se comprometen en una relación amorosa, no sabían a lo que se estaban metiendo.

El mismo Gody narra las separaciones durante la relación en el libro *Fernando de Szyszlo: La vida sin dueño*, en un apartado titulado *El amor, la muerte, la vida*.

«Blanca tenía mucho carácter, era muy inteligente, muy incisiva. Y yo no me porté bien. A los cuatro meses de casados, cuando estábamos en París, tuve una amante francesa. Ese fue el comienzo del fin», cuenta Szyszlo. Su entonces esposa no se enteró de esto hasta muchos años después.

En 1951, la pareja regresó a Perú para una exposición de Fernando. En ese punto de la relación, las cosas no iban bien y ambos tomaron la decisión de divorciarse; sin embargo, una vez hecho el papeleo, ninguno firmó los documentos. Las palabras fueron suficientes.

Ese mismo año, Szyszlo ya había conocido a otra mujer en Lima, por lo que él se quedó en la ciudad y Blanca regresó a París. Fue en ese viaje en el que la poeta comenzó a frecuentar a escritores como Jean-Paul Sartre o Simone de Beauvoir. Y se integró al grupo de los existencialistas que radicaban allá.

Blanca también forjó una amistad con el novelista y pintor francés Jacques Lanzmann; un hombre que, según ella misma cuenta, fue su «mejor compañero de aventuras». «Él era prácticamente el dueño del boulevard Saint Germain porque la poesía, la pobreza y la juventud siempre fueron las dueñas de la calle», contó Blanca en una entrevista. «Me compartió a sus amigos: Alberto Giacometti, Jean Paul Sartre, Simone de Beauvoir, Fernand Léger, Henri Michaux y hasta famosos expresidiarios».

Un tiempo después, cuando ella estaba aún en Europa, Szyszlo terminó su relación con Laura (mujer con la que salía en Perú): «Regresé destrozado a París, me volví a acercar a Blanca un tiempo después. Traté de convencerla de irnos a Florencia y lo conseguí».

Szyszlo reapareció en la vida de Blanca a través de cartas que le pedían una reconciliación. Para Podestá, quien tuvo acceso al archivo de Blanca Varela que se guarda en la Casa de la Literatura, estos escritos reflejaban un amor insufrible que trascendía el papel: «No se contaban nada. Todo era 'amor', 'mi vida'. Era una pasión desbordante». Blanca correspondió a la voluntad de Gody de retomar la relación y se mudaron a Florencia para escribir un nuevo capítulo en su historia.

Blanca se esforzó por mantener esta relación. Incluso le confiesa a Silvia Cherem, en una entrevista del 2001, que ella tuvo esperanzas, por eso decidió tener a sus hijos. Mientras vivían en Estados Unidos los cuatro, todo parecía estar encaminado; sin embargo, cuando Szyszlo decidió regresar a Perú, el final de la relación dejó de ser una suposición: «En Lima me sofocaba, me la pasaba mirando al suelo y llorando. Ahí es donde escribo Valses y otras falsas confesiones».

En 1986, la separación fue definitiva: Blanca Varela y Fernando de Szyszlo se divorciaron. «En el Perú, Szyszlo me volvió a hacer la historieta de que estaba enamorado de otra mujer. Quise separarme porque él tenía esta debilidad espantosa. Las mujeres movían la cadera y él enloquecía», recordó la poeta.

Ese mismo año, falleció Mañé Checa, el esposo de Liliana Yábar, mujer de la que Gody estaba enamorado, con quien se casó dos años después y con quien falleció en un trágico accidente en el 2017. Blanca nunca se volvió a casar.

Pese a estar divorciados, todos los miércoles Szyszlo almorzaba en la casa de Blanca. A veces se quedaba hasta tarde para tomar el lonche y ver televisión. María Ghezzi recuerda que los días en los que iba Szyszlo el almuerzo era una clase magistral de cosas que nadie sabía, a excepción de Gody. Ella también recuerda que Fernando tenía un carácter muy fuerte, al igual que Blanca, y ambos discrepaban en política.

Ella reconoció que eran grandes amigos, pero que ambos sabían que no podían vivir juntos. «Entre nosotros siempre hubo amor, admiración y platonismo», le dice Blanca a Silvia Cherem como un secreto a voces que su poesía nos delata entre versos.

Lo cierto es que a Blanca le hubiera gustado tener un matrimonio feliz y «haber ganado la carrera de la vida».

digamos que ganaste la carrera
y que el premio
era otra carrera
que no bebiste el vino de la victoria
sino tu propia sal
que jamás escuchaste vítores
sino ladridos de perros
y que tu sombra
tu propia sombra
fue tu única
y desleal competidora

(*Curriculum vitae* - Blanca Varela)

Capítulo III

Amistad, muerte y silencio

Juega con la tierra
como con una pelota

báilala
estréllala
reviéntala

no es sino eso la tierra

tú en el jardín
mi guardavalla mi espantapájaros
mi atila mi niño

la tierra entre tus pies
gira como nunca
prodigiosamente bella

(*Fútbol* - Blanca Varela a Vicente y Lorenzo, sus hijos)

En el año 1963, cuando Vicente tenía 10 años y Lorenzo 8, le pidieron a su mamá que los lleve a una carrera de autos en el circuito Santa Rosa. En esa época, era una actividad atractiva porque corrían

buenos carros. En otras circunstancias, probablemente los hubiese llevado su padre pero justo en ese momento se encontraba de viaje.

Ella accedió a llevarlos con uno de sus amigos del colegio. Vicente recuerda que su mamá recién había sacado su licencia para conducir (aprendió a manejar a los 40 años aproximadamente) y era pésima al volante, además de nerviosa: «Ella manejaba con todo el cuerpo pegado al timón».

De regreso a casa, se vaciaron los frenos y lo único que se le ocurrió en ese momento a Blanca Varela fue estrellarse contra un poste: «Agárrense, agárrense», le decía a los chicos antes de que el carro chocara, con una voz nerviosa.

«Fue espectacular», recuerda Vicente.

***

En 1958, Blanca tuvo a su primer hijo, Vicente. La experiencia de ser madre fue, para ella, lo más cercano a la animalidad: «Yo creo que las mujeres, en tanto seres vivos, animales, tenemos una cosa que es muy importante para la especie, que es llevar la criatura dentro de nosotros. Y eso es una experiencia fantástica. Es terriblemente animal, pero muy importante», contó la poeta en una entrevista televisada con Ernesto Hermoza. Dos años después, nació su segundo hijo, Lorenzo.

Para ella, ser madre significó una experiencia de transformación. Antes de tener hijos, Blanca se sentía como un ser angelical, sin ataduras. Cuando tuvo a Vicente y a Lorenzo, se entregó a las responsabilidades que conllevaba la maternidad y asumió una estabilidad que no había tenido la necesidad de asumir antes.

María del Carmen Ghezzi, conocida como Mariña por la familia Szyszlo-Varela, recuerda que Blanca trataba a los niños como a los adultos. Su trato siempre fue igual para todas las personas sin importar la edad. Ella respetaba la inocencia de los pequeños y su

sensibilidad frente al mundo, pero no celebraba las 'niñerías'. Así fue con sus hijos y, posteriormente, con sus nietas.

«Escribí el poema *Fútbol* viendo jugar a mis hijos, muy pequeñitos, con una pelota en el jardín de la casa. Los vi desde una ventana alta y sentí, y pensé, y luego escribí, lo que espero que tú hayas leído de alguna manera: que para sentir lo que sentía en ese preciso momento había nacido, y no para otra cosa», le confiesa Varela a Christine Graves en la entrevista *Falsas Confesiones*.

Vicente de Szyszlo, el hijo mayor de la poeta, recuerda que ella los trataba como personas normales: «Nos tomaba en serio». Compartían amigos, tenían almuerzos y cenas juntos. Su madre era también su amiga. Blanca y sus dos hijos vivían en una casa que se dividía en tres partes: Lorenzo y Vicente vivían abajo y su madre arriba. Los tres espacios se conectaban para que pudieran estar más cerca el uno al otro

Por ello, los tres compartían su vida social. Vicente asegura que había gente que podía quedarse horas de horas en la casa de Blanca tan solo conversando. Ella era muy divertida. A diferencia de lo que se podría pensar, Blanca no hablaba de literatura o poesía en sus conversaciones cotidianas: era muy buena para escuchar y para hablar de cualquier tema.

Cuenta, además, que entre él y su hermano avivaron la afición por el fútbol de su madre: «Nos reunimos en la casa de ella para ver unos partidos y luego ella los empezó a ver sola». Juntos veían los Mundiales o los clásicos U vs. Alianza y, cuando Blanca estaba sola en su casa, veía también partidos locales.

Según Vicente, Blanca era de Alianza Lima, pero no lo decía porque Lorenzo era de Universitario, al igual que su padre. A Blanca le gustaba mucho como jugaba César Cueto: «Era un jugador extraordinario, a todos nos fascinaba. A ella le gustaba ver el buen fútbol. Le encontró la estética. Tuvo la suerte de ver a Cueto», recuerda.

Blanca tenía un alma joven y una actitud que se alegraba con

las travesuras de sus hijos. Ramiro Llona recuerda que, en una conversación con la poeta, ella le contó que, en ocasiones, escribía un poema hasta la mitad, lo dejaba en la máquina de escribir y salía para hacer algún pendiente. Cuando regresaba a su escritorio, veía líneas con letras colocadas al azar. Ella se preguntaba ¿Es posible que yo haya escrito esto?. Pero en realidad era obra de Vicente y Lorenzo que aprovechaban la ausencia de Blanca para apretar las letras de la máquina a su antojo: «Primero se quedaba muy confundida y luego se reía», cuenta Vicente con una voz de nostalgia pero también de gozo por lo vivido en su niñez.

***

En la casa de Blanca Varela, era un 'ritual' ver los programas de política en la noche mientras comían Pizza Hut. En la sala de televisión, se juntaban Blanca, sus hijos, sus parejas y amigos que ella invitaba para conversar sobre lo que ocurría en el país.

María del Carmen Ghezzi, amiga y ex nuera de la poeta, recuerda que a Blanca le gustaba ver los programas de política e invitar a tres parejas de amigos pero no al mismo tiempo. Los que más los acompañaron fueron Max Hernández y Rosy, quien fue su esposa en aquel entonces.

—Era absolutamente fascinante, por lo menos para mí, escuchar lo que comentaban.

Otra de las parejas que iba a la casa de Blanca era David Sobrevilla y Hortensia 'China' Muñoz; él era filósofo y ella antropóloga.

—¿Tú te imaginas escuchar a estas personas comentar sobre política? Estaba así pero derretida. Era como estar en una clase. [...] Esos domingos, viendo televisión, tomándote tu vinito, tragando pizza, era una delicia—. cuenta María con una sonrisa en el rostro como si estuviera de nuevo en una de esas noches.

Los otros días de la semana, Blanca tenía otra rutina. Ella trabajaba en el Fondo de Cultura Económica que quedaba en la calle Berlín, en Miraflores. Tenía un horario de cuatro horas y salía a las 2 de la tarde para hacer algún pendiente o ir a su casa.

Ella no era de tener un tiempo fijo para trabajar en su poesía: «Ella era de inspiración. Le funcionaba. Agarraba cualquier papel y escribía», recuerda María, quien muchas veces ayudó a Blanca a transcribir sus textos en la computadora porque tenía una letra tan fina que solo los que la conocían la podían descifrar.

En la noche, a eso de las 6:30 pm, se preparaba tostadas, su té inglés Earl Grey y a las 7 en punto prendía el televisor: «Le encantaba la tele. Lo que más le gustaba eran sus telenovelas brasileñas». Era una costumbre sagrada.

***

Tal vez el otro lado existe
y es también la mirada
y todo esto es lo otro
y aquello es esto
y somos una forma que cambia con la luz
hasta ser sólo luz, sólo sombra.

(*Máscara de algún dios* - Blanca Varela)

Ramiro Llona, artista visual peruano, alumno de Szyszlo y amigo cercano de Varela, recuerda a la poeta y, entre risas, asegura que ella no creía en los ángeles ni en un Dios misericordioso, pero que sí era una persona espiritual que se sometía a los misterios de esta vida, a la incertidumbre de la existencia misma. Para él, ella era una persona con una sensibilidad que sobrepasaba su presencia.

En una conversación que tuvieron Llona y Varela en el año 1990, él, con una inocencia o una «curiosidad ingenua» producto de

su juventud, le hizo una pregunta a Blanca que pocos podrían responder, pero ella encontró las palabras justas para hacerlo:

—En qué momento empiezo a desconfiar de las ideas, de todo lo que es definible, de la razón.

—En el arte no hay razón, la razón es para otras cosas…

La relación entre Dios y Blanca tenía aires vallejianos: ella, desde su posición de mujer, utilizó su poesía para hacerle reclamos a Dios. Camilo Fernandez sostiene que ella hizo lo que los otros poetas de su generación hicieron, pero el resultado fue diferente porque trasladó su experiencia como mujer a los versos y rompió con la tradición masculina en la poesía.

Para Luis Rebaza, Varela, más que pertenecer a la Generación del 50, pertenecía al grupo de los sucesores de César Vallejo, o por lo menos así lo menciona en el capítulo *Colocar a Blanca Varela del lado de Vallejo: la formación de una poeta peruana en la década de los cuarenta* del catálogo de Blanca Varela, publicado por la Casa de la Literatura:

«Eso explica la pregunta que Varela le hiciera a Violeta Barrientos cuando esta última le relató que preparaba una tesis con una parte acerca de Vallejo y otra acerca de la poesía de mujeres de los 80: "¿Y en qué parte me has puesto? ¿En la de Vallejo o en la de las mujeres?"».

Yo nací un día
que Dios estuvo enfermo.

Todos saben que vivo,
que soy malo; y no saben
del diciembre de ese enero.
Pues yo nací un día
que Dios estuvo enfermo.

Hay un vacío
en mi aire metafísico
que nadie ha de palpar:
el claustro de un silencio
que habló a flor de fuego.

[...]

Yo nací un día
que Dios estuvo enfermo,
grave.

(*Espergesia* - César Vallejo)

Si bien es cierto que Blanca Varela compartió la tradición vallejiana de humanizar a Dios y referirse a él, ella lo hizo de forma tal que «encara a su interlocutor transgrediendo las prácticas del patriarcado», mientras que Vallejo se posiciona como «huérfano de la divinidad» y crea un diálogo entre un hombre y una «divinidad masculina». Así lo retrata Rebaza en su libro La primera artista modernista peruana contemporánea: Blanca Varela.

Mira mi piel de santa envejecida al paso de tu aliento, mira
el tambor esteril de mi vientre que sólo conoce el ritmo
de la angustia, el golpe sordo de tu vientre que hace
silbar al prisionero, al feto, a la mentira.

(*Vals del ángelus* - Blanca Varela)

***

Quédate quieta
allí en ese paraíso
al lado del niño que se te parece
son las siete de la mañana
es la hora perfecta para comenzar
a soñar

el café será eterno
y el sol eterno
si no te mueves
si no despiertas
si no volteas la página
en tu pequeña cocina
frente a mi ventana

(*Lady's Journal* - Blanca Varela)

Para Blanca, la edad era solo un número: ella podía sentirse a gusto con personas de todas las generaciones que compartieran una visión sensible del mundo, que tengan un pincelazo artístico en sus conversaciones o que compartieran su humor limeño. «Por ese entonces no había barreras generacionales, la relación era muy cordial y fluida entre gente de distintas edades», reveló la poeta en 1982 en la entre-

vista *Confesiones verdaderas*.

En la década del 80, un grupo de jóvenes escritoras terminó, por diferentes razones, asistiendo a reuniones ocasionales en la casa de Blanca. Tatiana Berger, poeta y periodista, recuerda que, cuando se juntaban en la noche, hablaban de todo mientras tomaban algún trago; el favorito de Blanca era el whisky. Berger no se llama a sí misma como amiga de Blanca, pero sí reconoce que hubo un gran cariño y respeto de por medio.

Dentro de este grupo de poetas mujeres estaban Patricia Alba, Mariela Dreyfus, Dalmacia Ruiz Rosas, Rocío Silva Santisteban, Ana María Gazzolo, Giovanna Pollarolo, Rossella Di Paolo, Carmen Ollé, entre otras. Entre todas se frecuentaban y, muchas veces, el punto de encuentro era la casa de Blanca. Ella siempre estuvo abierta a recibir a gente que apreciaba en su hogar. Era generosa con su tiempo.

Blanca vivía en una casa con vista al mar. La decoración era simple, de colores neutros pero elegante. Ningún adorno había sido puesto al azar; todo tenía un orden.

Cuando se juntaban, todas disfrutaban de escuchar a Blanca. Ella era, además de buena conversadora, muy graciosa y no tenía reparos en hablar de la gente que no le caía (así sean escritores o personajes famosos). Pero también hablaban de la nueva poesía que surgió con este grupo de jóvenes mujeres. Así lo recuerda Carmen Ollé:

—Blanca tenía toda la voluntad de ser parte de las poetas del 80, aunque también ser juez y parte, porque opinaba y daba juicios de valor sobre la poesía que más le gustaba. Entre las preferidas estaba la poesía de Patricia Alba, por sus atmósferas oscuras, su tono sacrílego y también, diría, que un poco sacro, sin ser religioso. Me parece que Giovanna Pollarolo era a la que más conocía y a quien distinguía con cierta intimidad amical. Con las demás, incluida yo, se mostró siempre muy colaboradora y cariñosa.

Cada vez que sus amigas veían Blanca, ella iba vestida de tonos grises, blancos, negros, marrones y, si quería agregar algo de color, se

ponía una prenda color borgoña. Lo que distinguía a la poeta era su elegancia para vestir y el cuidado que tenía por cómo se veía.

Carmén Ollé cuenta que uno no podía ir a la casa de Blanca sin avisar, porque no le gustaba atender a las personas si no estaba arreglada. Blanca, además de vestirse impecable, «llevaba el pelo lacio hasta la altura arriba de los hombros», y se ponía laca en spray para que todo estuviera en su sitio. Cuidaba hasta el más mínimo detalle.

Giovanna Pollarolo recuerda que, a partir de esa época, Blanca empezó a sentirse más cómoda con mujeres, al punto en el que en sus últimas reuniones de cumpleaños ya no invitaba hombres. Además, ella resalta que entablar una relación amical con la poeta era fácil porque ella lo hacía así: no le hablaban de usted, ni mucho menos la veían como una figura materna. Era su amiga.

***

No es tuya la culpa
ni mía
pobre pequeño mío
del que hice este impecable retrato
forzando la oscuridad del día
párpados de miel
y la mejilla constelada
cerrada a cualquier roce
y la hermosísima distancia
de tu cuerpo

tu náusea es mía
la heredaste como heredan los peces
la asfixia

(*Casa de cuervos* - Blanca Varela para su hijo Lorenzo)

El 29 de febrero de 1996, Marisol Palacios puso, como de costumbre, la ropa de su entonces pareja sobre la cama mientras él se bañaba. Era un jueves bisiesto en pleno verano de Lima y el calor era fresco. Ella le escogió una camisa a cuadros, un jean negro, y una casaca del mismo color. Todo parecía normal, y la calma de la rutina era más silenciosa que de costumbre.

Lorenzo de Szyszlo, el hijo menor de Blanca Varela y Fernando de Szyszlo, se embarcó en el vuelo 251 de Faucett con destino a Arequipa a las 19:15 horas. Él era uno de los 117 pasajeros que tenían planeado llegar a la ciudad Blanca antes de las nueve de la noche. Tenía 36 años y dos hijas pequeñas: Camila y Sabina.

En la temporada de enero y febrero, Arequipa se caracteriza por lluvias acaudaladas y una neblina tan densa que inmoviliza toda

la ciudad. Para afrontar la situación climática, los aviones tienen el ILS (Instrument Landing System por sus siglas en inglés o sistema de aterrizaje instrumental) implementado; esta tecnología permite que los aviones vuelen con regularidad pese a la ausencia de visibilidad, y le brinda la información necesaria al piloto para que él sea quien decida si es prudente o no aterrizar.

Aún así, los accidentes ocurren. Ocho minutos antes de llegar a la pista de aterrizaje, el vuelo perdió contacto con la torre de control. Primero se hizo pública la desaparición del avión. Luego se confirmó la tragedia que le arrebató la vida a 123 personas, entre los que estaban los pasajeros y los tripulantes. No hubo sobrevivientes.

Apenas se enteraron del siniestro, numerosos periodistas viajaron a cubrir el accidente aéreo más trágico del Perú. Entre ellos, estaba un joven de 19 años que había empezado a trabajar en Caretas. Lo llamaron en la madrugada, le asignaron la comisión y le dijeron que iría al lugar de los hechos en un vuelo pagado por la aerolínea Faucett en el que viajó toda la prensa.

Hasta ese momento, Jeremías Gamboa, periodista y escritor, no sabía quiénes habían sido víctimas del accidente, ni mucho menos que uno de los hijos de dos grandes artistas había sido uno de los pasajeros. Solo sabía que tenía que cubrir el lado humano de la noticia: «Me enteré en el camino. En el avión ya sabía que el tema era Lorenzo».

Cuando llegó a la escena del accidente, lo impactó la imagen desoladora que estaba frente suyo. El avión Boeing 737 impactó contra una colina y se partió en dos. En su nota para Caretas, Gamboa lo describió desde el trauma de haber presenciado los estragos de una tragedia: «Observada desde el cénit, Yura asemeja la piel rugosa de un viejo reptil. No sobresalen tantos cerros como depresiones, que la horadan cual profundos surcos. A pie, los zapatos se llenan de polvo pálido mientras la piel colisiona con un viento frío y seco. Todo el panorama está impregnado de tristeza».

Antes que él, llegaron los fotógrafos. El avión seguía en llamas y del interior salían personas corriendo con las pertenencias de las víctimas. Jeremías no recuerda con exactitud lo que pasó ese día, pese a que fue su primera comisión importante como periodista. El evento fue tan trágico que su memoria lo suprimió como un mecanismo de defensa: «Los detalles quedarán para la ficción».

Gamboa recuerda, como un chispazo de memoria, que el reconocimiento de cuerpos se hizo en el lugar de los hechos. La prensa no tuvo acceso a esa área, pero algunos periodistas tomaron fotos para registrar lo sucedido. Mientras ocurría esto, los familiares de las víctimas llegaron a Arequipa. Entre ellos estaba un hombre con lentes oscuros y mirada seria: era Fernando de Szyszlo.

***

«Su padre se fue al cielo en avión». Camila de Szyszlo recuerda que así les dieron la noticia a ella y a su hermana Sabina de que Lorenzo había fallecido. Ambas eran niñas.

***

«Es probable que la pérdida de mi hijo me haya cambiado, no lo sé con exactitud. Es tal el contacto con el escándalo, con el horror de la muerte. ¿Quieres que te diga una cosa? Aunque suene escalofriante, casi no me sorprendió. Eso es terrible, porque es algo que yo esperaba. Creo que hay que esperar cosas terribles, ese es el destino en la vida; pero no lo esperaba evidentemente. A la última persona que hubiera esperado que le sucediera era a uno de mis niños»

(Blanca Varela en entrevista con Rosina Valcárcel, llamada E*sto es lo que me ha tocado vivir*)

Las personas que conocieron a Blanca, coinciden en que tenía una sensibilidad única. María del Carmen Ghezzi, ex esposa de Lorenzo, recuerda que Blanca siempre estaba pendiente de sus dos hijos: «Ella los adoraba. Siempre sabía dónde estaban».

Su sensibilidad y preocupación también son recordadas por la poeta Carmen Ollé. Ella recuerda una reunión en la casa de Giovanna Pollarolo; estaban sentadas en la sala cuando entró Blanca con su hijo menor. A los pocos minutos de haber llegado, Lorenzo le dijo a su mamá que tenía que salir a la calle. Lo que le sorprendió a Ollé fue la actitud alarmante de Blanca; su negativa de que Lorenzo salga fue tal que todo el cuarto absorbió su preocupación.

Él insistió porque el carro estaba mal cuadrado y ella se tranquilizó: «Creo que fue una premonición de la madre, ya que Lorenzo murió en un accidente de avión tiempo después».

***

Dolor de corazón
objeto negro que encierro en mi pecho
le crecen alas
sobrevuela de noche

bombilla de azufre
sol miserable
flotando en el cielo encalado
planea parpadea
encandila
a quien yace bocarriba
fulminado

(*Dolor de corazón* - Blanca Varela)

El ex esposo de Blanca y padre de sus hijos, en su biografía *Fernando de Szyszlo: La vida sin dueño*, asegura que, en el momento que se entera del accidente, ella empezó a morir. Ellos no vivían juntos cuando ocurrió la tragedia. Él estaba en una cena cuando recibió la llamada de Blanca: «Lorenzo está en un avión que dan por desaparecido».

En medio de la desesperación, Fernando salió para recoger a su esposa, Lila, e ir al encuentro de Blanca. Fue en casa de la poeta cuando se enteraron de aquello que no querían confirmar: Lorenzo estaba en la lista de fallecidos. Nadie sobrevivió.

Cuando Blanca se enteró de la muerte de Lorenzo, le salió un grito desgarrador desde lo más hondo de sus entrañas. Su dolor era desbordante y se volvió un silencio asfixiante. Después del accidente, ella se encerró en su cuarto y no habló por varios días.

Fernando y Vicente viajaron a la ciudad de Arequipa para reconocer el cuerpo. Al enterarse, Mario Vargas Llosa llamó a Gody y le dijo que él no debía reconocer el cuerpo de su propio hijo porque era un dolor «que no se puede tolerar». Él se ofreció a hacerlo pero otro amigo de la familia Szyszlo Varela, Danilo Bailarín, fue quien reconoció los restos de Lorenzo.

Sus cenizas fueron esparcidas por Fernando, Vicente y Marisol Palacios en el jardín de un edificio construido sobre el acantilado de Barranco frente al mar. Lugar en donde creció Gody.

Carmen Ollé cuenta que, en una conversación con Giovanna Pollarolo, ninguna de las dos poetas podía entender cómo Blanca se levantaba, se arreglaba, se peinaba o se vestía después de la muerte de Lorenzo: «Para un ser sensible debió ser insufrible. Además, ella vivía sola».

La primera entrevista que hizo luego de fallecer su hijo fue con el periodista Mario Campos. Fue una conversación a corazón abierto. Para Blanca, hablar de Lorenzo era tan ambiguo como hablar de poesía. Ella reconoció la incertidumbre y aprendió a convivir con ella.

—¿Cómo es su poesía después de la muerte de Lorenzo?— le preguntó Mario a Blanca.

—Es mucho más oscura. Es más oscura porque ya venía yo buscando cierto tipo de… perdón, es muy difícil hablar de poesía.

—Y le sigue siendo duro hablar de Lorenzo.

—Bueno, ya casi Lorenzo entró en el mismo ámbito de la poesía.

***

Morir cada día un poco más
recortarse las uñas
el pelo
los deseos
aprender a pensar en lo pequeño
y en lo inmenso
en las estrellas más lejanas
e inmóviles
en el cielo
manchado como un animal que huye
en el cielo
espantado por mi

(*Morir cada día un poco más* - Blanca Varela)

El dolor por la pérdida de su hijo era desbordante, al punto en el que traspasó lo emocional y se volvió un mal físico. Antes de aquel jueves bisiesto, Blanca tuvo un ACV que le causó una parálisis en el rostro. Ella asistió a terapia y mejoró bastante en poco tiempo. Sin embargo, la tragedia qué remeció su vida también avivó los males que padecía.

Para Rocío Silva-Santisteban, el accidente que se llevó a Lorenzo también se llevó una parte de Blanca. Ella era una mujer seria,

ajena a las muestras de afecto convencionales. Pero el duelo que vivió se quedó ahí como un eterno huésped.

—Cuando muere Lorenzo, yo creo que ahí ella era una mujer contenida. Había una contención del sufrimiento. Ella somatizó eso. Lo somatizó y bueno, le dio una trombosis. Y un derrame. Se fue deteriorando poco a poco. Fue perdiendo el habla. Primero, repetía las palabras, repetía las palabras y yo a veces comentaba con Mariela Dreyfus: ¿Te has dado cuenta que Blanca está repitiendo las palabras? y me decía si se nota; es como si yo te hablara, no sé, de que las olas están fuertes en Puerto Supe, Puero Supe, Puerto Supe, Puerto Supe…

Lo cierto es que la salud de Blanca se deterioró mucho después de su pérdida. Mariña recuerda que Vicente se encargó de cuidar bien a su madre durante todo este proceso: le consiguió atención médica, enfermeras y nunca estuvo sola. También la acompañaron Yolanda, quien había trabajado en la casa de la poeta desde el año 1962 y era más conocida como Yopo por la familia, y Alberto, su chofer.

Al principio, Blanca caminaba por su departamento con la ayuda de Yopo y Alberto, hasta que un día dijo «ya no quiero caminar». Desde ese momento, empezó a movilizarse en silla de ruedas. Su rutina era leer La República (Su periódico favorito), El Comercio (Solo por los geniogramas) y luego algún libro. Un día dijo «ya no quiero leer libros», y dejó de leer libros. Luego hizo lo mismo con el periódico.

Mariña cuenta que la letra de Blanca era muy fina, pero, con los ACV, poco a poco sus escritos se parecían más a una línea temblorosa que a un texto legible. Su cuerpo la privó de escribir poesía, y esta fue muriendo con ella. De a pocos.

Otro día, la poeta se despertó y dijo «ya no quiero hablar», y no habló hasta que falleció en el departamento que quedaba en el Malecón Souza frente al mar. «Yo creo que cada decisión que tomó la hizo deliberadamente. Ella dejó de hablar y de escribir porque ya había dicho todo lo que tenía que decir», confiesa Mariña.

***

Lo muerto, muerto está. Hay que sembrar violetas alrededor de la tumba. Pronto vendrá el hielo y un cadáver sin flores es un fracaso.

(*Plena primavera* - Blanca Varela)

«Blanca nunca iba desarreglada, por eso había que avisar de antemano si se le hacía una visita», así la recuerdan todas sus amistades. Ella tenía un buen gusto, desde la ropa que escogía hasta cómo decoraba su casa. Los colores que usaba: neutros. El estilo: minimalista. Toda ella fue siempre muy elegante.

Además, era cuidadosa al más mínimo detalle. Una vez, Ana María Gazzolo organizó un almuerzo en honor a una celebración especial. Ella invitó a Blanca y esta le respondió que iría, pero primero quería saber quiénes estarían en la mesa. Para ese momento, Blanca ya tenía la parálisis facial y hablaba con dificultad. Solo quería sentirse cómoda y rodeada por personas que le dieran seguridad. Ana María lo hizo así: fue una comida íntima entre amigos. Blanca estuvo y el recuerdo aún sigue siendo grato.

En sus últimos días, la elegancia pasó a un segundo plano. La enfermedad la deterioró físicamente. Se veía más pequeña, más frágil. Una tarde, Tatiana Berger, poeta y periodista allegada a Varela, estaba en un taxi de camino a su casa. Estaba mirando por la ventana cuando, de pronto, vio a una señora en una silla de ruedas y a una

enfermera: era Blanca. Tatiana paró el taxi, se bajó y le dio un abrazo.

Blanca no dijo nada, se le quedó mirando. Tatiana se despidió de ella y volvió al taxi. La impresión de verla en ese estado le llenó los ojos de lágrimas: «Yo no sé si le hubiera gustado que la saquen a pasear por el malecón así. Quizás era bueno para ella. No lo sé», dice Tatiana con una voz melancólica y la mirada pérdida entre las paredes. Esa vez fue la última que vio a Blanca.

Las visitas de amistades cercanas fueron una constante cuando Blanca estuvo a punto de dar su último suspiro. Rocío Silva Santisteban cuenta, con las manos juntas como si necesitara sostenerse, cómo fue ver a su amiga en este estado. Recuerda haber ido a visitarla en sus últimos días: «Blanca estaba postrada en la cama, se moría de frío, tenía guantes». Era como ver tan solo la sombra de lo que fue la poeta en vida, como si estuviese a la espera de ir al encuentro con Lorenzo.

Blanca Varela abandonó el juego de las palabras el 12 de marzo del 2009 en el departamento 101 del Malecón Souza, 112, Barranco. Sus restos fueron cremados y sus cenizas se liberaron en el mar de la playa Mendieta en Paracas.

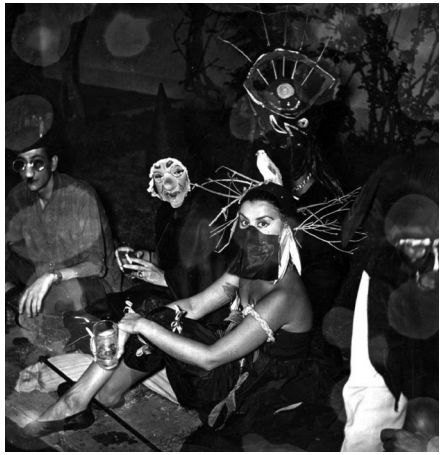
Vicente recuerda que Mario (Vargas Llosa), amigo cercano de la familia, se hizo presente ese día para acompañarlos en el duelo y despedir a una de sus grandes amigos: «Nunca lo había visto llorar. Creo que es la única vez que lo hemos visto llorar».

A veces queda la duda de si Blanca en verdad ha muerto, porque sus palabras resuenan tan fuerte que casi se la oye recitarlas; se le siente cerca, presente, viva. Carmen Ollé asegura que somos solo un suspiro, pero Blanca Varela es el suspiro eterno que trasciende el aquí y el ahora.

Anexo fotográfico

Esta foto, tomada en 1948, fue la portada del libro Nadie sabe mis cosas: Reflexiones en torno a la poesía de Blanca Varela, publicado por Rocío Silva Santisteban y Mariela Dreyfus.
Foto: Archivo de Blanca Varela

Sebastian Salazar Bondy, junto a Blanca Varela y su hermana Nelly, sentados en una banca del Parque de la Reserva mientras leen un libro (1947).
Foto: Archivo de Blanca Varela

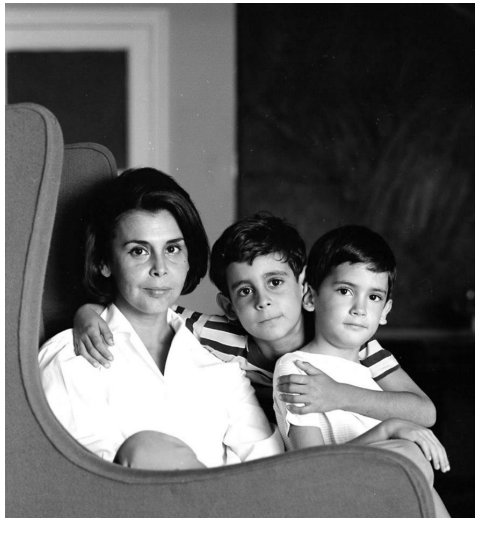


Blanca Varela y Sebastián Salazar Bondy en una fiesta de disfraces en la década de 1960.
Foto: Archivo de Blanca Varela

Blanca Varela y Fernando de Szyszlo en Puerto Supe (1947).
Foto: Archivo de Blanca Varela

Blanca Varela y Fernando de Szyszlo en el barco Reina del Pacífico con rumbo a París (1949).
Foto: Archivo de Blanca Varela

Fernando de Szyszlo, Michele Delandrier, Octavio Paz y Blanca Varela durante su estancia en París. La foto fue tomada en la década de 1950.
Foto: Archivo de Blanca Varela



Blanca Varela junto a sus dos hijos: Vicente y Lorenzo.
Foto: Archivo de Blanca Varela

Blanca Varela en su estudio junto a su máquina de escribir.
Foto: Archivo de Blanca Varela

Línea de tiempo

1926: Blanca Leonor Varela Gonzáles nació el 10 de agosto en la ciudad de Lima, Perú.

1943: Ingresó a la Universidad Nacional Mayor de San Marcos para estudiar Letras y Educación. Entabló una amistad con Sebastián Salazar Bondy y empezó a frecuentar la Peña Pancho Fierro.

1949: El 19 de agosto se casó con el pintor Fernando de Szyszlo en la iglesia Cristo Rey. Ese mismo día se embarcaron en el barco Reina del Pacífico rumbo a París.

1951: Blanca Varela y Fernando de Szyszlo regresaron a Lima y decidieron separarse.

1954: La pareja retomó la relación y se mudaron a Florencia.

1958: Nació el primer hijo de Blanca Varela, Vicente de Szyszlo.

1959: Blanca Varela publicó su primer poemario "Ese puerto existe" con el prólogo de Octavio Paz.

1960: Nació el segundo hijo de Blanca Varela, Lorenzo de Szyszlo.

1986: Blanca Varela y Fernando de Szyszlo se divorciaron.

1996: El 29 de febrero falleció su hijo menor, Lorenzo, en un accidente aéreo de un Boeing 737-222, vuelo 251 de Faucett, que viajaba de Lima a Arequipa.

2001: Obtuvo el Premio Internacional de Poesía y Ensayo Octavio Paz en México.

2009: Falleció el 12 de marzo. Sus restos fueron cremados y sus cenizas fueron esparcidas en el mar de la playa Mendieta (Paracas), lugar en donde pasó mucho tiempo con su familia y sus grandes amistades.

Fuentes testimoniales

ARÉVALO, JAVIER. Periodista. Entrevistó a Blanca Varela dos veces. Entrevista vía llamada telefónica: 25 de mayo de 2023.

BERGER, TATIANA. Poeta y periodista cercana a Blanca Varela. Entrevista presencial: 5 de junio de 2023.

BROMLEY GONZÁLES, MARÍA. Hermana menor de Blanca Varela. Entrevista vía llamada telefónica: 26 de junio de 2023.

DE SZYSZLO, VICENTE. Hijo mayor de Blanca Varela y Fernando de Szyszlo. Entrevista presencial: 26 de junio de 2023.

FERNÁNDEZ, CAMILO. Profesor de literatura en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Publicó el libro Casa. Cuerpo. La poesía de Blanca Varela frente al espejo y otros textos sobre los escritores de la generación del 50. Entrevista presencial: 9 de mayo de 2023.

GAMBOA, JEREMÍAS. Escritor y periodista. Cubrió el accidente aéreo en el que falleció el hijo de Blanca Varela, Lorenzo de Szyszlo. Entrevista vía llamada telefónica: 6 de junio de 2023.

GAZZOLO, ANA MARÍA. Poeta e investigadora. Estudió el archivo de Blanca Varela y publicó el libro En la punta de los dedos. Entrevista vía Zoom: 27 de mayo de 2023.

GHEZZI, MARÍA DEL CARMEN. Nuera de Blanca Varela (Ex esposa de Lorenzo de Szyszlo y madre de sus dos hijas: Camila y Sabina) y amiga de la poeta. Entrevista presencial: 14 de junio de 2023.

HORNA, MARTÍN. Magíster en literatura. Estudió la obra de Blanca Varela y publicó el libro Blanca Varela: una retórica del horror y la vanidad. Entrevista vía Zoom: 22 de noviembre de 2022.

LLONA, RAMIRO. Artista plástico y amigo de Blanca Varela. Entrevista presencial: 29 de mayo de 2023.

MACCHI BROMLEY, MARÍA EUGENIA. Sobrina de Blanca Varela. Entrevista vía llamada telefónica: 26 de junio de 2023.

NEIRA, ROSA. Sobrina de Blanca Varela. Entrevista vía llamada telefónica: 16 de julio de 2023.

OLLÉ, CARMEN. Poeta y amiga de Blanca Varela. Entrevista vía correo electrónico: 18 de noviembre de 2022.

PODESTÁ, CECILIA. Poeta y editora. Publicó el texto Blanca Varela: poeta de la generación del 50 junto con la Municipalidad de Lima y la Biblioteca Nacional del Perú. Entrevista presencial: 12 de mayo de 2023.

POLLAROLO, GIOVANNA. Poeta de la generación del 80 y amiga de Blanca Varela. Entrevista vía Zoom: 2 de mayo de 2023.

REBAZA SORALUZ, LUIS. Escritor e investigador. Publicó los libros Poesía peruana: entre la fundación de su modernidad y finales del siglo XX y escribió el capítulo Colocar a Blanca Varela del lado de Vallejo: la formación de una poeta peruana en la década de los cuarenta del catálogo de Blanca Varela, publicado por la Casa de la Literatura. Entrevista vía Zoom: 10 de mayo de 2023.

SILVA SANTISTEBAN, ROCÍO. Poeta y amiga de Blanca Varela. Publicó y editó el libro Nadie sabe mis cosas: reflexiones en torno a la poesía de Blanca Varela junto con Mariela Dreyfus. Entrevista vía Zoom: 20 de noviembre de 2022.

VALVERDE, JORGE. Editor. Publicó el libro Entrevistas a Blanca Varela. Entrevista presencial: 21 de noviembre de 2022.

Referencias

Althaus, M. (2017). Guión obra "Pájaros en llamas".

Archivo de Blanca Varela. Recuperado de https://www.instagram.com/archivoblancavarela/ (Consulta: 20 de noviembre de 2022)

Blanca Varela: Poesía reunida 1949 - 2000 (1.a ed.). (2016). Casa de cuervos y Sur librería anticuaria.

de Szyszlo, C. (2007). Discurso premio reina Sofía de poesía iberoamericana en nombre de Blanca Varela. Recuperado de: https://www.librosperuanos.com/autores/articulo/00000001892/En-honor-de-Blanca-Varela (Consulta: 15 de junio 2023)

Entrevistas a Blanca Varela (2.a ed.). (2022). Jorge Valverde.

Erausquin, M. (2017). Szyszlo: cerca de lo sagrado. Recuperado de: https://www.academia.edu/en/63039073/Szyszlo_cerca_de_lo_sagrado (Consulta: 20 de noviembre de 2022)

Fernando de Szyszlo: La vida sin dueño (1.a ed.). (2016). Alfaguara.

Paz, O. (1959). Prólogo "Ese Puerto Existe". Recuperado de: https://www.lainsignia.org/2007/noviembre/cul_003.htm (Consulta: 1 de junio de 2023)

Podestá, C. (2018). Blanca Varela: Poeta de la generación del 50 (1.a ed.). Municipalidad Metropolitana de Lima. Recuperado de: https://www.munlima.gob.pe/images/MUNILIBRO14.pdf (Consulta: 20 de noviembre de 2022)

Presentimiento de la luz (1.a ed.). (2017). Kristel Best, Joan Muñoz y Diana Maceda. Recuperado de: https://www.casadelaliteratura.gob.pe/wp-content/uploads/2017/08/catalogo_Blanca-varela_web-1.pdf (Consulta: 15 de mayo 2023)

Rebaza Soraluz, L. (2017). De ultramodernidades y sus contemporáneos (1.a ed.). Fondo de Cultura Económica.

Rebaza Soraluz, L. (2019). Poesía peruana: entre la fundación de su modernidad y finales del siglo XX (1.a ed.). Pontificia Universidad Católica del Perú. Recuperado de: https://www.casadelaliteratura.gob.pe/wp-content/uploads/2019/04/Historia-de-la-literatura-Vol-4-baja.pdf (Consulta: 23 de mayo de 2023)

Salazar Bondy, S. (1960). Los sueños conscientes de Blanca Varela. Diario La Prensa. Recuperado de: https://www.vallejoandcompany.com/los-suenos-conscientes-de-blanca-varela-por-sebastian-salazar-bondy/ (Consulta: 27 de mayo 2023)

Silva Santisteban, R. (2001). Blanca Varela: ver en el doblez. Recuperado de https://www.lainsignia.org/2001/marzo/cul_019.htm (Consulta: 1 de junio de 2023)

Varela, B. (2001). Antes de escribir estas líneas. Diario El Comercio. Recuperado de: https://elcomercio.pe/eldominical/articulos-historicos/recuerdos-blanca-varela-escribir-lineas-316098-noticia/ (Consulta: 26 de mayo de 2023)